Verano/12

bañero

(Por Adriana Schettini) Es un monarca anfibio con reinado part-time. Se sabe amo y señor de las aguas y la tierra. Pero no se llama a engaño: el suyo es un poder de estación, incapaz de sobrevivir a los primeros atisbos del otoño. En el verano, en cambio, controla sus dominios desde el amanecer, despliega su don de mando con más discreción que evidencia y demuestra sus habilidades acuáticas a pedido de sus súbditos.

Músculos firmes, espaldas anchas, piel bronceada, cabellos a prueba de sol y sal, expone su anatomía frente a un mar de mujeres ávidas de fantasías. Ellas lo ven fuerte como un tiburón, y lo sueñan salvajemente erótico. Lo reconocen con hombros, piernas y torso atlético, y lo imaginan como al último de los amantes ardientes. Lo perciben capaz de enfrentar el desenfreno de las aguas sin remilgos y lo intuyen apto para salir airoso de las turbulencias del sexo.

Su trono se levanta en la arena y tiene vista al mar. Allí se empeña en jugar el juego que mejor juega y que más le gusta: mirar y ser mirado; observar y dejarse observar; entregarse sin resistencia al recorrido invariable del sol hasta que un par de brazos montados en la cresta de la ola se agiten suplicantes. El los divisa en su danza enloquecida, por encima de las aguas espasmódicas, y emprende la carrera mar adentro. Atraviesa la alfombra de cuerpos recostados en la arena y se mete mar adentro. Sus brazadas en anfibio imponen la calma y las olas se llaman a sosiego.

El sale caminando de las aguas y trae una muchacha alzada. La playa entera lo aplaude y su hazaña va de boca en boca, corregida y aumentada. El bañero regresa a su trono, imperturbable, y se entrega de nuevo a la ronda de miraditas cómplices, al círculo de guiños, a la danza de risitas histéricas, al rito eterno del mirame y no me toques. El reino está en orden.

TRIO DE DONES

Por Angeles Mastretta

Con el tiempo, se vuelve a llorar como los niños mientras se tararean boleros y memorias. En su último libro *–Puerto libre* (Planeta)– la escritora mexicana Angeles Mastretta se refiere tanto a las mareas de la lengua como a las corrientes del llanto. Dones que la alcanzan y la hacen escribir desde ese paisaje en movimiento que es el puerto. Ese lugar donde, todo el tiempo, parten y llegan las historias.

Don de lengua

Cada quien tiene sus ritos y pone sus devociones donde va pudiendo. Yo tarareo boleros. Nunca me los puedo aprender completos, pero repito algunas de sus sentencias y preguntas hasta que quienes me rodean se hartan o se sienten hechos a un lado.

Mis hijos tienen su modo de penetrar el tejido de estos soliloquios musicalizados: ellos preguntan. Sin temor y sin clemencia, dedican sus ratos libres a intervenir mis interpretaciones musicales exigiendo que les responda todo tipo de preguntas:

–¿Mami, qué quiere decir dinero?

–¿Sabés que quiere decir no sé? ¿No? Quiere decir nariz.

–Ma... si hay dos pájaros repetidos tres veces, ¿se dice dos por tres o tres por dos?

–¿Coger dinero de tu bolsa es robar?

–¿Cuánto es veintiuno por treinta?

–El verbo es la acción, ¿el adverbio es?

–¿Cómo hacen los videoclips?

–¿Cuántas personas trabajan en el Aurrerá?

–¿Compraste pizza?

–¿A quién quieres más?

–¿Por qué se divorcian las personas?

–¿Cuándo se alivia tía Luisa?

–¿Por qué se visten de blanco los doctores?

–¿Por qué es mala la reelección?

–¿Qué pasa si aprieto este botón de tu compu?

–¿Por qué las personas piensan que hay dioses?

–¿Qué quiere decir enigma? ¿Por qué cantas eso tan raro?

Con esas y otras muchas preguntas diarias atormentan mis distracciones y me llaman a lo que ellos consideran realidad.

Como tantas otras madres, me las arreglo para contestar lo que voy pudiendo o para seguir cantando cuando no sé qué decir.

Al terminar el ajetreado año de 1991, Catalina me preguntó una tarde:

–¿Mami, de dónde sale la lengua?

Tenía en los ojos las alas de un pájaro ávido y extendía su risa con la certidumbre de que yo sabría contestarle. A veces sus intrépidos siete años confían en mí como yo en la sabiduría de los boleros, entonces me avergüenza su entrega y quisiera yo tener respuestas para todo, como los boleros.

–¿La lengua? –pregunté moviendo la mía para ver si así podía yo sentir desde dónde me la jalaban, a qué precisa parte de mi garganta, mi faringe, mi corazón, mi estómago, mis piernas, mis talones, estaba sujeta la tira de carne inquieta y suave que tantas dichas provoca.

–¿La lengua? No sé.

Cuando bostezo la lengua me sale de un cansancio que hace meses acarreo de un lado para otro y que tal vez sea la edad y ya no vaya a desaparecer jamás. Puedo dormir cinco horas o siete, nueve y hasta diez un día de suerte, pero la lengua que meneo mientras bostezo me sale de un cansancio que no sé cuándo empezó a quedarse entre mis huesos.

Cuando toso, la lengua me sale de un catarro constipado por el que nunca guardé cama y que sigue paseándose conmigo. De tanto acompañarme ha perdido el pudor y ya no pide disculpas, ni siquiera piensa que al pasear va contagiando parroquianos con la misma desvergüenza de aquella que anidaba en quienes me la contagiaron.

Cuando converso, la lengua me sale de herencia. Mi padre era un gran conversador, mi madre es una conversadora agazapada que le tiene miedo a su lengua porque sabe que es una lengua memoriosa y fatal que cuando se suelta puede poner sobre la mesa historias de horror y barbarie que todo el mundo ha pretendido olvidar en la ciudad que habita. Mi abuelo tenía una lengua exacta como navaja y alegre como una victoria. Recordaba lo necesario cuando era necesario y olvidaba lo desagradable cuando era innecesario. Mi tía Alicia sólo necesitaba mirar de reojo para describir con fervor y precisión desde los ojos hasta las medias flojas de una señora a la que no había visto jamás, a su lengua le gustaba tanto conversar que en el velorio de un señor que había muerto de modo inesperado y horrible se dio a la tarea de llenar el incómodo silencio que provoca la cercanía de un muerto ajeno y, tras hablar toda la noche, se despidió de la viuda diciéndole:

–Señora, muchas gracias, estuvimos muy contentos.

Pero también la lengua conversadora es de contagio y uno siempre anda buscando con quién compartirla: la lengua de mi amiga Lilia Rossbach no le da tiempo ni de respirar entre asunto y asunto. En general, mis amigas son de lengua conversadora, hablar con ellas es siempre un entrenamiento y al mismo tiempo una permanente olimpíada, la que obedece la voluntad de tregua que una lengua pide de vez en cuando, pierde irremediablemente su oportunidad de sacarse del entrepecho los disgustos, pesares y júbilos que le aprietan.

Algunas lenguas son mejores por teléfono, se esmeran porque en esas conversaciones todo depende de ellas, la gente no puede ayudarse con las manos, los ojos, la boca fruncida o los hombros levantados para decir nada. Así que las lenguas, dejadas a su único arbitrio, de desatan y trajinan con más libertad que nunca.

A veces la lengua sale del silencio. Entonces dice unas cosas en vez de otras y acompaña nuestros labios en la risa que debía ser mutismo. Esas veces, la pobre lengua anochece llena de mordidas.

No siempre acierta la lengua, tiene razón la señora Soto cuando nos dice a mí y a su hija María: hablen menos, así meten menos la pata.

El día que nos duele, la lengua sale del corazón y el día que nos libera, sale del estómago. Algunas veces la lengua cree salir del cerebro, pero casi siempre se equivoca al creerlo. Puede ser que la lengua salga de las orejas, pero también es fácil que venga desde las rodillas, por eso es difícil hablar estando hincado. A lo mejor la lengua sale del sitio mismo que guarda los deseos, por eso besamos con ella, por eso ella se queda con el vivo recuerdo del cobijo que otra le dio entre juegos.

Cuando canta, Pavarotti enseña una lengua blanca, corta y gorda sin la que no podrían existir los sonidos con los que nos toca cuando dice *Parlami d'amore Mariu*. Su lengua debe ser un hongo mágico y se ve tan feaporque algo de toda esa perfección tenía que ser feo para que toda esa perfección fuera posible. La lengua de Pavarotti sale de un bosque y nos asusta.

No hay duda que la lengua tiene alianza con los ojos, por eso hablamos con la mirada, por eso arde la lengua cuando no podemos decir lo que vemos, y arden los ojos cuando nuestra lengua dice por fin las cosas que se ha callado mucho tiempo.

Sin duda la lengua tiene sus quereres con la risa, y el llanto la tiene atada a sus designios. La lengua sale de una cueva oscura, sale de un lago quieto, de dos montañas entre las que no cupo, de un mar que nos la entrega y se la lleva según les va gustando a sus mareas. La lengua es una llama, es un hielo, un pedazo de tierra, un pez atado a nuestra fortuna, un pez enfurecido que algún designio raro no sacó por completo del agua, por eso se debate en la humedad de nuestras bocas y a veces está viva como dentro del río y a veces tiene sed y se muere como cualquier pez a la intemperie.

La lengua es el deseo de una oración, la respuesta a una oración, el consuelo de los que no pueden orar. La lengua sale de mil partes. Su procedencia no depende de nuestra voluntad o nuestro arbitrio. La lengua imagina, recuerda, acaricia, detesta, la lengua es lo más vivo que tenemos y sale de donde mejor le parece y según cree que la ocasión amerita.

Don de lágrimas

Con el tiempo uno vuelve a llorar como los niños, por lo que sea. Llora con más frecuencia que de joven, pero también con más pudor que nunca. Porque con el tiempo uno aprende a mirarse cuando llora, y eso lo seca todo.

Antes, siempre que recordaba a mi padre me sentía huérfana y en el derecho a llorar por él y por mí con todas las lágrimas que desde niña guardé para cuando se muriera. Pero lo recordaba menos que ahora. Ahora lo pienso por lo menos una vez al día, sólo que cuando voy a llorar más de dos lágrimas me miro las manos y pienso que a mi edad hay quienes pierden a sus hijos. Entonces mi derecho a llorar desaparece.

Hace días, en medio de la noche se oyó un ruido de cristales cerca del comedor. No fui a buscar su origen, le tuve miedo al fantasma que jugaba en la cocina o en mi estudio. A la mañana siguiente encontré en el suelo las dos barcas que Pamela Atkinson le robó una tarde a Holbox. Quién sabe cómo se habían caído del librero a medianoche, el caso es que los vidrios del marco rompieron la foto y cuando la vi quise llorar. Nunca he podido conocer la isla de pájaros y pescadores solitarios que es Holbox, tener las barcas señoreando los dos metros en que escribo era un modo de poseerla desde lejos, a la isla y a tantas cosas que sólo he tenido como torres de viento. Me senté a ver las barcas separadas por un agujero de cristales y solté las primeras dos lágrimas. Después, la maldición de la mirada me jodió la ambición de imposibles. ¿Qué más quieres, ingrata, si puedes patinar el Parque México?

Ya no puede uno llorar ni en los entierros.

–Haz algo útil –me aconseja el buen juicio cuando la pena quiere volverse ruido–. Si empiezas no vas a servir de nada.

Tampoco está bien llorar en público cuando el Gabo García Márquez está leyendo una cosa que hace reír a todo el mundo.

–Es tristísimo –me digo con las lágrimas como sables. Luego echo la cabeza para atrás y me las como.

Si la cabeza no se metiera en lo que no le importa, uno podría llorar como quien duerme, para descansar. No habría que sentir vergüenza de lagrimear los lunes en el homenaje a la bandera que hacen nuestros hijos cuando entran a la escuela, podría uno hacer pataletas tirada en el suelo cuando se despide de alguien, no nos importaría que todo el mundo oyera nuestros gemidos en el cine y por supuesto que podríamos acompañar a otrosen sus lágrimas cuando los vemos sufrir sabiendo que no hay cómo ayudarlos. Si es tan natural reírse con la risa de otros, ¿por qué contenemos el impulso de llorar con otros? ¿Por qué si valoramos el sentido del humor encontramos vergonzoso el don de llanto? Seríamos mucho más entendidos si nos permitiéramos llorar cuando queremos.

Sin embargo, hemos puesto las cosas de tal modo que uno ya no puede llorar ni por lo que debe. Por eso tienen mérito las personas que pasan de los cuarenta conservando lo que peyorativamente se llama lágrima fácil.

Elena Ramos Sauri era bajita y rubia, de ojos verde agua y lengua apresurada. Yo no la veía vieja pero ya no era joven en los tardíos años cincuenta. Tenía una tienda pequeña que se llamaba "El Caracolito", en la que vendía billetes de lotería y salchichas con pan caliente. Íbamos a visitarla alguna tarde de la semana y oíamos hablar con nuestra madre que era hija de su hermana y le tenía una devoción como la que se les tiene a los niños. Mientras ella hervía las salchichas y buscaba un refresco para cada sobrino, le contaba a mi madre unas historias para adultos que aún iluminan mis recuerdos por la velocidad y la precisión de sus imágenes. Siempre tenía en la boca un deseo o un delirio, una necesidad impostergable, la eterna añoranza de su marido ausente. Y siempre pero siempre terminaba salpicando sus pala-



bras con unas lágrimas grandes que no trataba de disimular y que salían de sus pequeños ojos claros con una naturalidad deslumbrante. De la manga del suéter o la bolsa de la falda sacaba un pañuelo de tela bordada y sin dejar de hablar se secaba unas lágrimas para dejar paso a las otras. No recuerdo a mi madre sobresaltada o incómoda con las lágrimas de la tía Nena, era tan natural su llanto y tan corta su estatura que ella la trataba como a una niña y los niños a veíamos como a una igual. Por eso, por la failidad con que lloraba, quedarse a dormir en u casa era una fiesta. Estar con ella era distin- a estar con cualquier otro adulto. Con ella se alían los cambios de clima internos que los ni- os aún no aprenden a disimular. Y acompa- arla en sus rezos junto a la veladora que pre- idía la luz de su pasillo era entrar en unas con- anzas con el Todopoderoso que nadie fuera e ella se permitía a nuestro alrededor. Justo ntes de dormir y después de cenar chocolate galletas, se autorizaba una última llorada a s pies de la imagen del Sagrado Corazón de esús. Ahí dejaba hasta el más viejo de sus pe- ares y después dormía con el alma limpia de

rimas hasta el día siguiente.

Pero no bien abría los ojos a la vida, al en- la luz en hilos delgados por las maderas que urecían su recámara, se sentaba en la cama, ndía la lámpara de su mesa de noche y abría primer cajón buscando los cigarros. Fuma- jalando el humo con suspiros profundos y n acompasados, sin darse más tregua que la esaria para devolverlo al aire en penumbra la recámara. Al terminar apretaba el cigarro tra el cenicero dándole golpecillos apresu- os y recordaba el tiempo en que aprendió a nar: vivía con sus papás en la ciudad de Mé- o. La Revolución los había llevado de la ha- nda en provincia a la casa en las calles de xaca que era su última pertenencia, y viví- con estrechez pero en paz.

–Pobrecitos mis papacitos, tan buenos –de- al mismo tiempo en que soltaba las prime- lágrimas de la mañana. Después se levan- a a ponerse una bata sobre el camisón por el e dejaba salir la mitad de sus blanquísimos pechos, abría los oscuros y me llevaba a preparar un suculento desayuno escanciado con recuerdos y lágrimas.

Los adultos hacían bromas sobre la facilidad con que lloraba la tía Nena, pero alguna envidia debe haberles provocado lo que les parecía una mezcla de impudicia con debilidad. Yo crecí admirándola, aunque al fin aprendí a no llorar como se debe. Tanto oí que eso era lo correcto, lo fino, lo valiente. Tanto, que me sonroja llorar tras de la puerta cuando nadie está viéndome, cuando el nudo en la espalda me sugiere durante másde una semana que la única cura sería llorar un rato sin buen gusto y sin miedo juego a una veladora.

Tuve otras maestras de llanto cuyas enseñanzas me haría falta practicar. La primera se llamaba Lupe Cuatle. Llegó a trabajar como nana en una familia de cuatro niños cuya hija mayor tenía tres años. Mis hermanos habían nacido a tal velocidad después de mí que nunca pude sentir tener celos. Cuando nos dimos cuenta, éramos cinco reclutas del mismo profesionalismo conyugal. Para entonces yo cumplí cuatro años y tenía la edad perfecta para iniciarme en el aprendizaje del llanto. Pero no tenía buenas maestras a mi alrededor, mi madre jamás lloró frente a nosotros, Delfina la cocinera no lloraba ni cuando se cortaba ni cuando se quemaba, y Lupe Cuatle parecía inmutable y hierática. Hasta que se peleó con su novio. Entonces anduvo un tiempo con el ceño fruncido y la mirada baja que la hacían parecer más una víctima del mal humor que del mal amor y una tarde al cerrarse la puerta tras mi madre, prendió el radio y llamó por teléfono para pedir que la complacieran con una melodía. Luego se sentó en el suelo frente al aparato guardado en un mueble de caoba y me permitió estar cerca subida en una silla columpiando los pies. Aún recuerdo la solemnidad de su gesto cuando el locutor anunció que había llegado el momento de complacer a la señorita Cuatle con la canción *Espinita* interpretada por María Victoria. Después la música irrumpió por la casa a un volumen jamás escuchado entre sus armoniosas paredes y Lupe empezó a llorar como si en ese momento le estuvieran clavando todas las espinas del mundo a su atribulado corazón.

Yo quisiera haberte sido infiel
y pagarte con una traición

decía entre sollozos desconsolados, ensimismada y remota. Yo no había visto a nadie mayor de cuatro años llorando de esa manera, pero no se me ocurrió ni consolarla ni asustarme. Me limité a entender que si uno quiere llorar y no puede, debe ayudarse con una canción.

Después de aquella tarde vi llorar a Lupe muchas veces, como si la primera canción la hubiera abierto a la dicha del desconsuelo sin recato. A veces ni el radio le hacía falta, dada la confianza que le ofrecía mi respeto absoluto a sus lágrimas y sus canciones, lloraba tarareando mientras me peinaba con goma de tragacanto y un implacable carmenador blanco.

Mi otra maestra se llamaba Guillermina Guerra, pero le decíamos seño Mini. Era redondita, bondadosa, morena y sonriente, con unos ojos vivos como de ardilla y una agilidad escasa pero llena de gracia. En realidad en el colegio la contrataron para enseñarnos taquimecanografía, pero ella pareció saber siempre que estaba llamada a enseñar algo más importante. Quizá por ese aprendizaje pasé de año a pesar de no haber aprendido en taquigrafía más que el gramálogo México, la abreviatura de hombre, la raya horizontal para ahorrarse el que y el ángulo vertical para suplir el para.

La maestra Guerra empleó su tiempo en enseñarnos cosas más útiles y duraderas. Entre otras, a llorar con los libros.

Tenía un desordenado grupo de quince adolescentes interesadas en todo menos en su futuro como taquimecanógrafas. Así que optó por leernos novelas de amor como incentivo de sus lecciones. Al principio la escuchábamos leer mientras tecleábamos lo que ella iba dictando, pero según se hacían intrincadas las aventuras de Anita de Montemar o el duque de Albaza, el ruido de las máquinas iba apagándose y el salón se erguía en un suspenso irremediable y perfecto. La seño Mini dejaba de pasearse entre las bancas y tomaba asiento tras su escritorio empezando a leer despacio como una vestal. Entonces lloraba sin ruido mientras iba leyendo. Nosotras la oíamos, desperezadas, al fin, ir contando los desencuentros de gente destinada siempre a encontrarse en el último párrafo, tras múltiplesenredos y malentendidos durante los cuales aprendimos lo que nunca en ninguna otra clase, a desear los libros. Cuando terminaba la hora y la pequeña sacerdotisa cerraba la novela para meterla en un bolsón cargado de libretas y manuales, yo no quería otra cosa que robársela para encerrarme a devorarla hasta saber el final. Sin embargo nunca me atrevía a pedírsela, quizá porque sabía que ella la necesitaba para iniciar a otras adolescentes en el rito primero de llorar por los amores alrevesados.

Casi cualquiera de nosotros ha tenido al menos un buen maestro del don de llanto, aunque a diario traicionemos sus enseñanzas para complacer al buen gusto y al arte de fingir fortaleza. Como si hubiera más valor en suicidarse que en seguir vivo, como si los que creen que se han acostumbrado al ruido no estuvieran en realidad quedándose de a poco en la sordera.

Don de tiempo

Le tememos al tiempo porque nos desgasta su diaria cercanía, igual que hace el agua con las piedras a las que lame disimulada y constante todo el día y todos los días.

Desde las épocas en que se hizo famosa la fuente de la eterna juventud hasta las cremas francesas con liposomas, desde el espejo y las pociones de la madrastra que odiaba a Blancanieves hasta la gimnasia como deber religioso y la cirugía plástica como tierra de promisión, el pánico a envejecer es un lugar común que a unos se les nota más que a otros, que unos combaten y otros pretenden olvidar, pero que al fin de cuentas padecemos lo mismo las mujeres que los hombres, aunque estos últimos crean disimularlo mejor.

Le tememos al tiempo cuando empezamos a despertar con la espalda torcida o la cabeza mareada, con un dolor a medio estómago que no tiene su causa en un atracón sino en un pedazo de queso, con un callo como el de las tías o un dedo chueco como el del abuelito. Le tememos al tiempo cuando al vernos en el espejo nos encontramos con la misma expresión de un pariente que ya murió, cuando nuestras amigas empiezan a parecerse cada vez más al recuerdo que tenemos de sus madres, cuando nuestros sobrinos adolescentes nos recuerdan al desparpajo que aún creíamos parte esencial de nuestros primos, cuando de un viaje al otro cambiamos el bikini por el traje de baño, cuando en todas las fotos nos vemos cara de cansancio, cuando un hombre guapo cruza nuestro paisaje y pensamos en lo mucho que le gustaría a nuestra hija, cuando empiezan a brotarnos en las manos los primeros lunares idénticos a aquellos que poblaban las manos de la abuelita, cuando el destino se vuelve eso por lo que estamos caminando y deja de ser eso por lo que alguna vez caminaremos, cuando nos brota como un clavel la frase con que felicitamos a un adolescente deslumbrador por lo guapo que se ha puesto.

Casi todos le buscamos la vuelta a las inclemencias del tiempo, casi todos queremos postergar el aviso de muerte que traen los años. Algunos lo consiguen con más eficacia que otros, pero todos los que no morimos jóvenes envejecemos y será mejor hacerlo con donaire y convicción que con litigios inútiles y ridículos inolvidables.

Cuando cumplí cuarenta años di en sentir que no podría yo ser más vieja, que no lo resistirían ni mi vanidad, ni mi cintura. Después, me acostumbré, así como cuando uno bucea en el arrecife cercano a Cozumel y al ir bajando metros hay unos segundos en los que tiene la certidumbre de que le explotará la cabeza, sin embargo se resiste al impulso de empujar hacia arriba porque intuye que abajo hay un mundo que brilla de un modo nunca visto y un silencio que estremece como la idea del infinito y la eternidad. Entonces, en lugar de volver sigue bajando y, un segundo después, entre las rocas y los extraños peces nadie recuerda que alguna vez sintió un dolor. Tiene sus cosas buenas el camino del tiempo andado, yo pienso en ellas y las recuento cuando quiero negarme a la autocompasión que a veces provocan los cumpleaños.

Con el tiempo, me digo, podré decir todo lo que no he dicho y no tendré que vivir cruzada por el arrepentimiento que me causan las cosas que sí he dicho. Ya hoy, veinte años después de los veinte, me digo que era un cretino el hombre que me quitó el sueño de entonces, sé que algunos de mis maestros no eran genios y que otros eran más bien torpes, me digo y digo que no me gusta cierta literatura y que ni modo, que en el sesenta y ocho estaba yo en la luna en vez de estar marchando en la manifestación del silencio, que en el setenta todavía no había leído *Rayuela*, que me moría por un pase para la muestra de cine y que a Borges lo empecé a querer con los años.

A veces pienso que la vejez debe ser como las vacaciones, una época de la vida en la que uno se siente con derecho a hacer lo que se le pega su gana. Dormir hasta las once del domingo, por ejemplo. Perder la sensación de que a uno lo vienen persiguiendo, quien sabe quién, una sombra, una ambición o un desconsuelo, pero alguien que nos arrea y no nos deja soltar el cuerpo. Entonces podrá uno dedicar la vida simplemente a estar en ella con la intensa conciencia de que aún nos pertenece y aún pertenecemos a su latido extraño y arbitrario. ¿Qué más?

Espero que si me alcanzan los setenta y cinco, los ochenta, los noventa que sueño, dejará entonces de avergonzarme el hecho de que las cosas y los apellidos que van con ciertas caras se me olviden. ¿Más allá del presente y sus desafíos sentiré envidia? ¿Tendré tiempo para peinar los recuerdos que ahora me espanto de la cabeza y las emociones porque quitan el tiempo? ¿Perderé entonces la angustia de que vivo perdiendo el tiempo? Ojalá, me digo, y creo que así será.

Quizá la mejor de todas las cosas que se digna concedernos el tiempo sea la luz con que nos alumbra una ventura cuya fuerza habíamos sido incapaces de mirar. Porque si una dificultad presenta la fortuna es muchas veces la dificultad para mirarla como tal.

Hace unos años, el generoso tiempo me enseñó a ver cuán clave era y había sido para mí la presencia al mismo tiempo tímida y drástica de una mujer excepcional.

Desde siempre oí que ella era perfecta, y desde siempre me perturbó escucharlo porque su perfección me parecía una sentencia: si ella era perfecta, yo que era más bien opuesta debía ser un monstruo.

Hasta que el tiempo pasó sobre nosotras y una tarde cualquiera me hizo reír sobre sus hombros con la sentencia como si fuera un conjuro: –Eres perfecta –le dije–. Siempre tuvo razón todo el mundo.

Este tipo de cosas regala el tiempo. Por eso, más que temerle habría que venerarlo. No es enemigo de nuestras dichas mejores y todos los días nos puede dar una sorpresa.

Quizás, una mañana, hasta las mil libertades que perdimos con la infancia nos las devuelva el tiempo mejoradas.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta.



Resumen: *Pirovano –ex arquero, representante de jugadores y quién sabe qué más–, los luchadores Roperito Aguirre y El Troglodita se reúnen con el veterano Etchenique –retirado pero combatiente– en La Academia: los Gigantes en la Lona necesitan protección. Pirovano tiene la vida complicada con su amante Bárbara. En eso, cae su hija Dolores al bar.*

5 ¿QUIEN?

Me aparté un momento para hablar con mi hija lejos de las irónicas miradas y comentarios de la mesa. Dolores quería permiso para ir a dormir en casa de una amiga; pensaban quedarse toda la noche para preparar mejor el recuperatorio de Química del día siguiente. El rubio ponía cara de póquer.

–¿Qué te hiciste ahí? –yo no podía dejar de mirar el dragón.

Tenía el antebrazo tumefacto y brillante. La tinta del tatuaje se mezclaba con los puntos sanguinolentos, la piel desgarrada e hinchada.

–¿Viste qué hermoso?

–¿Se puede borrar? –y apoyé el dedo.

–Ay.

–Hay que esperar dos días. No se puede tocar ni rascar ni nada –dijo el rubio, didáctico y sonriente–. Se saca con láser, pero es caro.

–¿Se lo hiciste vos?

Levantó las manos, volvió a sonreír. Lo hubiera amasijado ahí mismo.

–No le digas a mamá –dijo Dolores–. No lo va a ver hasta el día que le entregue el diploma...

Toda una estrategia. Con la de darme un beso rápido y partir.

–Pará, pibe.

–Se llama Fabio –especificó ella.

–Fabio: llevala a casa, por favor –y mi hija se ensombreció–. Pueden estudiar en tu pieza; no hay problema.

Dolores se zambulló sonriente para darme un beso mejor y salieron.

No me gustó nada cómo le miraba el culo el mozo apoyado en el mostrador.

En el grupo, el relato prolijo de Roperito Aguirre había llegado a un punto clave:

–...la cuestión es que desde que nos reunimos para organizar el regreso de los Gigantes y las actuaciones en Mar del Plata, empezaron los problemas. Primero las amenazas y después directamente las agresiones. Ya hay dos lastimados: a Larrañaga lo atropellaron con un taxi, y al rusito lo cortaron con una botella rota. Si seguimos así la temporada no se hace.

–¿Ustedes cuántos son?

–Seis, bah... –se desdijo Roperito–: cinco ahora. Hay uno que ya no está.

–¿Cómo se arreglan con cinco, siempre sobra o falta uno? –dije.

Me miraron como si fuera un imbécil o algo peor:_

–Cada uno hace dos luchadores, Pirovano –dijo Zolezzi acercándome su pesada mano a la cara–: yo soy El Troglodita y El oso Ruso; Roperito hace de Roperito mismo y se disfraza para El Acorazado; el correntino Bedoya es Malasangre el Mafioso y Doctor No; el flaco Larrañaga Tío Sam y El Espectro y el rusito Rudzky hace Comandante Nadie y Ray Flower. Con eso garantizamos cinco peleas por noche y una final con todos arriba...

–¿Quién no va a participar? –dijo Etchenaik.

–Paredón –dijo El Troglodita–. El que hacía de Súper Sugar y Tony El Rockero. Ese es un hijo de puta, y todo este asunto de las amenazas debe tener que ver con él. Y al calor de la segunda y tercera ginebra explicó cómo Juan Paredes, Paredón para el oficio, los había elegido y convocado en el 89 entre jóvenes y veteranos para formar la troupe inicial de los Gigantes bajo la carpa. Paredes había sido a la vez empresario y luchador, contacto y organización. Hicieron Canal 9, después de una breve temporada en ATC y enseguida empezaron las giras: en unos años dieron prácticamente dos vueltas enteras a Latinoamérica: Uruguay, Paraguay, Brasil, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela...

–Una vez así –y El Troglodita giraba con el dedo en el sentido de las agujas del reloj, para después volver–: y otra vez así.

–¿Ganaban bien?

–Nunca nos pagaron mejor. Hasta que Paredón un día nos dejó plantados en Uruguayana. Desapareció: se llevó la guita, el micro, los trajes, los contratos, el nombre inclusive, que él tenía registrado. Nunca más se supo. Nos cagó.

–Pero ahora volvieron, sin Paredes –dijo Etchenaik.

–Y algo pasa –confirmó Roperito.

Y algo pasó, exactamente en ese momento. Sentí una mano en el hombro y me volví sobresaltado. Parados a ambos lados de mi silla, rígidos como dos muñecos de metegol estaban los que me temía: Ariel Segura y el Fantasma Zambrano; se habían venido desde la mesa del fondo sin hacer ruido:

–Qué hacés Pirovano. Tanto tiempo... –dijo el Fantasma.

Le había sacado dos mano a mano esa tarde en la quinta; ex goleador de la B, jugaba de nueve en el equipo del Presidente.

–Qué hacen ustedes... No los había visto –mentí sin vigor.

–Nosotros sí te vimos llegar –dijo Ariel y le temblaba un poco la voz–. Qué noche bárbara, eh...

–Bárbara –ratificó el otro clavándome la mirada–. Inolvidable.

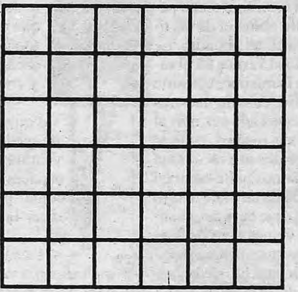
Dieron media vuelta y salieron, tensos, felices de amedrentarme con su humor elusivo.

Suspiré, me derrumbé en la silla y miré el reloj: no eran las doce aún de ese miércoles interminable. Todo se complicaba. Para colmo, en ese momento Etchenique interrumpía el monólogo de El Troglodita y decía:

–Ibrahim –y levantaba un dedito–. La clave es Ibrahim.

–¿Quién?

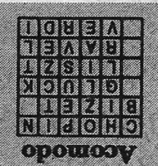
El martes: 6. Al trote



ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

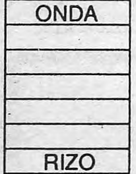
CHOPIN						
BIZET						
GLUCK						
LISZT						
RAVEL						
VERDI						



ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

A	B
ONDA	RUEDA
	CURVA
RIZO	



Escaleras
A. Onda, oída, pida, pica, pico, rico, rizo.
B. Rueda, rueca, cueca, cueva, curva.

ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. **Nabina - A:** Semilla de nabo. **B:** Hoja tierna del nabo. **C:** Tierra sembrada de nabos.
2. **Nacela - A:** Gacela recién nacida. **B:** Pollo sin plumas. **C:** Moldura de una columna.
3. **Navel - A:** Naranja sin pepitas, de ombligo grande. **B:** Nave pequeña. **C:** Vehículo espacial.
4. **Nefando - A:** Funesto, fatal. **B:** Indigno, infame. **C:** Muy malo, malvado.
5. **Nefrocele - A:** Extirpación de un riñón. **B:** Hernia del riñón. **C:** Inflamación del riñón.
6. **Negreta - A:** Que se dedica a la trata de negros. **B:** Ave parecida al pato. **C:** Letra de imprenta más gruesa que la usual.
7. **Nictálope - A:** Que ve mejor de día que de noche. **B:** Que ve mejor de noche que de día. **C:** Que ve mal, de noche y de día.
8. **Nominal - A:** Relativo al nombre. **B:** Relativo a los números. **C:** Relativo a las listas.
9. **Obice - A:** Vértice de una pirámide. **B:** Fallecimiento. **C:** Obstáculo, estorbo.
10. **Oblongo - A:** Más ancho que largo. **B:** Tan largo como ancho. **C:** Más largo que ancho.
11. **Obstar - A:** Causar obsesión. **B:** Tapar un agujero. **C:** Impedir, estorbar.
12. **Octóstilo - A:** Que consta de ocho columnas. **B:** Que tiene de ochenta a noventa años. **C:** Período de ocho días.
13. **Orífice - A:** Abertura, agujero. **B:** Orfebre. **C:** Principio.
14. **Pálpebra - A:** Palma. **B:** Pálpito. **C:** Párpado.
15. **Paradigma - A:** Destino, sino. **B:** Secreto. **C:** Modelo, ejemplo.

CALIFICACION

15 puntos	académico
11 a 14	maestro
6 a10	bachiller
5 o menos	alumno

Académico
1:A. 2:C. 3:A. 4:B. 5:B. 6:B. 7:B. 8:A. 9:C. 10:C. 11:C. 12:A. 13:B. 14:C. 15: C.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

